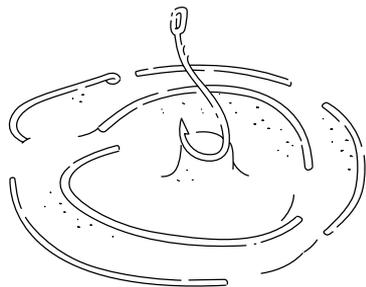


MATÍAS DUVILLE  
EL ANZUELO



Lo primero que se alcanza a ver, a la distancia, es un terreno que se arremolina y eleva como si algo lo succionara desde el cielo. Ya de cerca, se percibe un anzuelo de hierro alrededor del que todo gira. La imagen sugiere una fuerza superior que juega a su capricho con el hormigón armado como si fuera mercurio. Como aquellos pintores viajeros que en el siglo XIX acompañaban a los científicos en sus expediciones, en los últimos años Matías Duville se dedica a registrar, tanto en pinturas, dibujos o instalaciones, maravillosos cataclismos geográficos que parecen venidos de otros mundos, solo que pronto nos damos cuenta de que esos “otros mundos” son el nuestro. En su efecto embudo, la obra semeja una tromba marina y llama tanto a *riders* como a valientes que se decidan a enfrentarlo. Allen Upward —erudito ocultista, autor de novelas baratas, juez colonial en Nigeria, espía y finalmente

suicida— escribió un ensayo titulado *El origen nebular de la vida* y dijo algo así: la característica más destacada de la célula es su energía, que proviene de sus materiales, pero también de la fuerza orgánica producto de su rotación en remolinos velocísimos. Tres décadas más tarde, esos vórtices endemoniados pasaron a ser la doble hélice del ADN. Lo que una vez fue imaginado, luego fue demostrado científicamente y, ahora, vuelto a imaginar en *El anzuelo* de Matías Duville.